



Estudio Para Grupos de Crecimiento

Brisas

ESTUDIO 1309

EL PAN DE DIOS

En nuestros días, muchas personas están experimentando la peor sequía espiritual de toda la historia. Multitudes de ovejas a punto de morir de hambre piden a gritos algún alimento vivificante, algo que las sustente en estos tiempos difíciles. Pero con demasiada frecuencia no se les da ni una migaja de alimento espiritual. Viven vacías, insatisfechas y débiles. Se han cansado de arrastrarse, una y otra vez, hacia una mesa vacía.

Ese no es el propósito de Dios para Su pueblo, y le duele ver que sea así. Él ha provisto de pan para el mundo entero. Y el que ofrece es más que para sobrevivir; es alimento para una vida en su medida más completa, la “vida en abundancia” de la cual habló Jesús.

¿Quién es este Pan, del que tan ansiosamente tenemos hambre? Jesús nos dio la respuesta. Dijo: *“El pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo.” Juan 6:33.* En otras palabras, ¡Cristo mismo es la respuesta! Como el maná que el Señor envió para sustentar la vida de los hijos de Israel en el desierto, Jesús es para nosotros el pan de Dios, el don enviado para sustentar nuestra vida hoy y todos los días.

Este pan produce calidad de vida

El pan de Dios, cuando lo comemos todos los días, produce una calidad de vida que Jesús mismo disfrutó. Cristo participaba en una vida que brotaba directamente de Su Padre Celestial; una vida, nos dice, que también debe animarnos a nosotros: *“Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí.” Juan 6:57*

Ese pan es lo que le falta al cristianismo moderno, y es lo que éste necesita desesperadamente. La verdad es que esa hambre que lleva a la muerte abunda en muchas personas hoy. Si nos saciamos del verdadero Pan nunca estaremos hambrientos.

Los verdaderos creyentes buscamos ese Pan en la intimidad con Dios y a través de Su Palabra, si no buscamos esta relación estaremos hambrientos y viviremos una vida fuera de la voluntad del Señor. Es por eso que hay muchísimos creyentes envueltos en el adulterio, la pornografía, divorcios, etc. Desafortunadamente muchos jóvenes cristianos se están entregando a las drogas y a la inmoralidad sexual en busca de realización, tratando de saciar esa hambre de la manera incorrecta; ¡Jesús es el Pan de vida!

Esto sucede porque desafortunadamente hay muchos predicadores que en el mejor de los casos les comparten comida agradable. Los sermones no son succulentos ni difíciles de tragar. ¡Hasta son simpáticos! Las anécdotas son bien narradas, las aplicaciones son fáciles y prácticas, y nada de lo que se dice ofende jamás a nadie. No resulta difícil llevar consigo el domingo a un amigo que no es cristiano, porque no se va a sentir incómodo. Nadie le confrontará acerca del pecado. Esto sólo puede suceder en una iglesia muerta donde lo único que quieren es agradar a la gente para que no se vayan.

Iglesia con pan de vida

En cambio, una iglesia viva está llena de la Palabra de Dios y llena de gente que tenemos el profundo deseo de ser transformados por Ella, seremos saciados de toda Su verdad. Por esta razón es importante permitirle que hable a nuestra vida a través Ella, que nos confronta y nos exige llegar a la santidad.

El remanente santo

Es verdad lo que dice el refrán: “Uno es lo que come”. Jesús dijo que Su carne debía ser nuestro alimento, nuestra dieta básica: “...*Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros.*” Juan 6:53

Los judíos no podían asimilar un pensamiento así, y “...muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él diciendo: *dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?*” Juan 6:60. Hoy en día muchos creemos que el comer el cuerpo del Señor se limita a la Santa Cena, no entendemos lo que Jesús quería decir. La razón por la que participamos de ella es para tener presente que Él, mediante Su muerte, llegó a ser nuestra fuente de vida. Tenemos una invitación, recibida del cielo, para llegar a Su mesa, “comer” y fortalecernos.

Nosotros como creyentes debemos vivir llenos del Espíritu Santo, que nos consumamos por amor a Él; despojados de todo orgullo y ambición mundana; ardiendo en el celo de la santidad. Nos acercamos a Cristo porque sabemos que no hay otra fuente de vida. Sólo allí rebosamos de vida porque nos acercamos con diligencia y con frecuencia a Su mesa. Debemos vivir según Su verdad, y vivir sin temor alguno. Y en Su presencia exponer nuestro pecado sin excusarnos por haberlo hecho, derribando ídolos y fortalezas. Con todo esto haremos que los que tienen hambre sepan que sólo Cristo los puede saciar. “Sólo en Cristo Jesús podemos ser saciados”.

Existe un remanente santo que adoramos al Señor en espíritu y en verdad. Somos personas más enamoradas de Jesús que de Sus bendiciones y Sus dones. Lo alabamos con manos limpias y corazón puro. Pero lo trágico es que todavía hay muchos que no han entendido el llamado de Dios y siguen saciando sus apetitos carnales. Eso sólo conduce a la enfermedad espiritual y a la muerte, porque no disciernen el verdadero Pan de Dios.

Pan de fortaleza

El Señor ha provisto un modo de fortalecer a todo hijo Suyo para que resistamos al enemigo. Esta fortaleza sólo viene de comer el Pan enviado del cielo. Y nuestra salud y fortaleza espiritual depende de que comamos de ese Pan. Jesús tenía una comunión tan íntima con el Padre, y estaba tan entregado a hacer la voluntad de Él, que las palabras del Padre eran Su comida y bebida cada día. Cristo se sustentaba cada día escuchando y viendo lo que el Padre deseaba; y eso fue como resultado de pasar mucho tiempo a solas con Él.

El Pan de Dios se sirve todos los días

Este pan se nos sirve todos los días, como les ocurría a los israelitas con el maná. Dice la Biblia que Dios le dio maná a Su pueblo para probarlos (*Deuteronomio 8:16*). Los israelitas no fueron humillados porque fuera alimento de mala calidad; ya que en calidad era “pan de ángeles.” *Salmos 78:25* en otras versiones.

Fueron humillados porque cada día tenían que buscar el alimento. Eso les recordaba que era Dios quien tenía la llave de la despensa. Estaban obligados a esperar en Él y a reconocer que sólo Él era la fuente.

Hoy en día los cristianos somos probados del mismo modo. El Señor nos dice que lo que comimos de Cristo ayer no va a satisfacer nuestra necesidad hoy. Debemos admitir que nos vamos a morir de hambre espiritualmente y vamos a quedar débiles y desamparados si no recibimos nuestro suministro fresco y diario de Pan celestial. Debemos acercarnos con frecuencia a la mesa del Señor. Debemos acostumbrarnos a la idea de que nunca llegará un momento en nuestra vida en que se nos dé una ración de fortaleza para más de un día.

A los que amamos a Jesús y deseamos ser parte de ese remanente santo, Él quiere saciarnos por completo. Quiere darnos la vida abundante que anhelamos. Desea llegar al encuentro de todo corazón sincero que tengamos hambre de Cristo.